

TERCER ENCUENTRO REGIONAL SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA - 2006

LA ESCRITURA COMO TIEMPO LÓGICO DE LA LECTURA

Por: Ana Victoria Saldarriaga A., docente

El placer de la relectura es mayor que el de la lectura, salvo que, para releer, es necesario haber leído.

-Borges-

A pesar de las diversas objeciones que puedan hacerse, voy a partir de un principio: Quien ha leído está en mejores condiciones para la escritura que quien no lo ha hecho. Los escritores y ensayistas dan testimonio de ello. Si algo puede decirse de Borges o de Cervantes, entre muchísimos otros, es que han sido, en primer lugar, lectores. Guardados los límites que separan a la literatura del ejercicio académico, es posible suponer el mismo principio: una buena lectura es garantía de un buen texto académico. El adjetivo “buena” nos advierte que, no obstante, no es suficiente con leer, hay que “saber” leer. A su vez, este “saber leer”, nos indica que se trata de un más allá del nivel técnico del alfabeto y del descifrado; un más allá que tiene que ver con las vicisitudes de la condición humana en su acceso a la palabra, y que voy a sintetizar en la expresión “tiempos lógicos”.

Acceder al lenguaje y a la palabra, como nos lo enseñan los niños, implica un tiempo, claro, no se habla al mes de haber nacido ni se lee al año y medio; pero también implica una lógica, por eso hay niños que aprenden más rápidamente que otros, ya sea a hablar o a leer. Dicho de otra manera, si “ningún fruto madura biche”, como dice el refrán, ello se cumple, también, para la lectura, sólo que, como es evidente, no es la edad ni el paso del tiempo lo que garantiza un buen nivel de lectura, como sí lo es para la madurez del fruto. Entonces, ¿cómo saber que una lectura académica ha madurado o que “está a punto” de la escritura o del decir, si seguimos otra metáfora muy difundida, la gastronómica? En otras palabras, ¿cómo saber que quien ha leído ha sabido leer efectivamente y que, por ello, está en condiciones de escribir o de dar cuenta en la oralidad

TERCER ENCUENTRO REGIONAL SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA - 2006

de lo que ha leído? No será fácil acercarnos a una posible respuesta. Pero podemos empezar por buscar apoyo a la afirmación que la sostiene de que el saber leer es más una cuestión lógica que cronológica o técnica. El primero que invoco es el de una antigua tradición literaria. En el prólogo de *La Celestina* (1499), Fernando de Rojas, escribe:

“(…): que aún la misma vida de los hombres, si bien la miramos, desde la primera edad hasta que blanquean las canas, es batalla”. Los niños con los juegos, los mozos con las letras, los mancebos con los deleites, los viejos con mil especies de enfermedades pelean, y **estos papeles con todas las edades. La primera los borra y rompe, la segunda no los sabe bien leer, la tercera, que es la alegre juventud y mancebía, discorda**”.

Más de cien años después, en la segunda parte de “Don Quijote”, Cervantes nos completa esta lógica cronológica en palabras de Sansón Carrasco, cuando le dice a Don Quijote y a Sancho cuál ha sido el destino de la obra leída por toda España y en la que ellos son los protagonistas:

“Eso no – respondió Sansón-; porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: **los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran;** y finalmente, es tan trillada, y tan leída, y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: *allí va Rocinante.*” (Quijote II, III.

Organicemos esta cronología lógica que nos proponen los dos autores, respecto al batallar del hombre con las letras:

Los niños las borran y rompen, o las manosean.

Los mozos, que las leen, no las saben leer bien.

Los mancebos, es decir, la alegre juventud y mancebía, casi nunca están de acuerdo con ellas, “discorda”

Los hombres las entienden.

Los viejos las celebran.

TERCER ENCUENTRO REGIONAL SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA - 2006

Al llegar a este punto, recuerdo que, hace un tiempo, alguien contaba cómo en un relato o una película titulado *La noche del cazador*, se ilustraba esto mismo: a un niño se le obligaba a aprender una frase sencilla, que decía más o menos así: “la leña sirve para producir fuego”. Al llegar a la juventud, se le llevaba al bosque para que lograra sobrevivir en una noche llena de peligros, frío y hambre. Entonces, recordaba la frase y, poniéndola en práctica, salvaba su vida de las fieras, el frío y el hambre. Al amanecer, ya era el hombre que había entendido la frase y la enseñaría a sus hijos; poco después sería el viejo que la celebraba y la transmitía, también, a sus nietos.

Es decir, que toda esta historia no solamente está atravesada por un tiempo cronológico, el niño, el joven, el hombre y el viejo; sino también y, sobre todo, por un tiempo lógico. Lógico, porque un movimiento va llevando al otro, como las premisas de un silogismo, que precipitan su conclusión: de la lectura literal, a la de la significación y, de ésta última, a la del sentido. El niño repite sin entender muy bien de qué se trata lo que dice, tal vez por su misma evidencia: “la leña sirve para producir fuego”; el joven contradirá lo aprendido, buscará otras opciones o no creerá en ello, imaginando cómo será lo que le espera en esa noche iniciática en el bosque o a través de su vida; luego, siendo ya el hombre que tuvo que pasar por la experiencia que reclamaba de él esa noche en el bosque, por fin, comprenderá que querían decir esas palabras tan sencillas, cuál era su significado: apartar las fieras, hacer alimento y calentar el cuerpo; pero sólo el viejo o el avisado –porque quizás no a todos les sea posible acceder a ello- que ha entendido, ad portas de la muerte, que esas palabras le permitieron ganar la vida, les hallará su sentido, las celebrará y hará de ellas el texto que dejará a sus descendientes.

Veámoslo en otro plano, en el de la vida cotidiana. Tal vez nos pasa con mucha frecuencia que, ante un suceso, alguien nos dice una palabras, un refrán o nos da un consejo, que no entendemos muy bien; pasa el tiempo, y la experiencia que nos ha tocado vivir y las palabras con las que la nombramos nos permite comprender lo que nos quisieron decir: ¡Ah, ya entendí!, nos decimos, y concluimos que, “¡claro!, mi papá, mi mamá o fulanito “tenían razón”, lo celebramos y lo transmitimos a otros con la certeza de la experiencia. Esto que la Gestal llama un “insigth”, también es muy frecuente en el ámbito académico. ¡Al cabo de las quinientas, dos o tres

TERCER ENCUENTRO REGIONAL SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA - 2006
semestres después, entendemos de qué se trataba! Siempre entendemos con cierto retraso lo que nos han dicho, cuando lo entendemos bien, cosa que tampoco es que sea muy frecuente. He ahí, dos de las particularidades que hacen que el ejercicio lector esté sometido, aunque no quisiéramos, a eso que se llama “la condición humana”: el retraso para entender y el malentendido. Pero aquí nos ocupamos de la primera.

El cuarto apoyo que encuentro es el de una tradición de lectores profesionales, el de los monjes de la Edad media. Si hubo una época que leyó, supo leer y reflexionó y escribió sobre la experiencia y las lógicas de la lectura, ésa fue la época medieval, sólo oscura para los florecientes renacentistas. De allí, traigo a colación al monje francés Hugo de San Víctor¹. En su *Didascalicon*, planteó que el comentario de un texto implicaba tres grados, cito:

“El comentario contiene tres grados: literal, de significado y de sentido profundo. La interpretación literal es una ordenación coherente de las palabras, a la que llamamos también construcción. El significado es una lectura en cierto modo sencilla y abierta, sugerida a nivel superficial por el texto. El sentido constituye una comprensión más profunda, a la que no se llega sin exégesis ni comentario”²

Litteram, sensum y sententiam son los términos con los que nombra el monje francés los tres grados del comentario, que pudiéramos muy bien engarzar en la lógica temporal que hemos venido tratando. Más modernamente, Freud propuso un término para esta comprensión “retardada”, propia del entender humano, *nachtraglich*, en alemán, *retroactividad*, en español; noción en la que van implicados, también, lógicamente tres tiempos. -Valga la pena su mención ahora, cuando se han cumplido 150 años de su nacimiento- Y siguiendo su obra, más tarde, Jaques Lacan, escribe un texto en el que propone para estos tiempos lógicos, inherentes a la

¹ Hugo de San Víctor (1096-1141), filósofo y teólogo francés que fundó una escuela de misticismo que hizo del monasterio de Saint Victor de París uno de los principales focos de enseñanza en la edad media. Descendiente de la familia real de Blankenburg en Sajonia, adoptó los cánones de san Agustín en el monasterio de Hamersleven a temprana edad. Hacia 1115 viajó a París y entró en el monasterio agustino de Saint Víctor. En 1133 dirigía la escuela del monasterio, donde murió el 11 de febrero de 1141.

² DE SAN VÍCTOR, Hugo. *Didascalicon*. III, IX. Citado en: VÁRVARO, Alberto. *Literatura románica de la Edad media*. Barcelona, Ariel, 1983, Pág. 42.

TERCER ENCUENTRO REGIONAL SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA - 2006

comprensión retroactiva, las siguientes denominaciones: el instante de ver, el tiempo para comprender y el momento de concluir³.

Bueno, yo me he permitido, haciendo una síntesis de estos marcos teóricos, llevar a cabo una propuesta de la enseñanza de la lectura y de la escritura; una propuesta que parte de sus principios y criterios. Será lógica, no sólo por someterse a los tres tiempos mencionados, en lo que respecta al lector; sino también en la medida en la que se orienta, respecto al texto, desde sus propias lógicas. Es decir, por los niveles que lo constituyen, por las partes que lo estructuran y por la forma cómo cada nivel del mismo va remitiendo al otro. En el mismo prólogo de *La Celestina* se explica esta división lógica del texto, propuesta ya desde los estoicos y asumida por los retóricos. La destaco con negrilla:

“Unos les roen los huesos (a la obra) que no tienen virtud, que es **la historia toda junta**, no aprovechándose de **las particularidades**, haciéndola cuento de camino; otros pican **los donaires y refranes comunes**, loándolos con toda atención, dexando pasar por alto **lo que hace más al caso y utilidad suya**. Pero aquellos para cuyo verdadero placer es todo, desechan el cuento de la historia para contar, coligen la suma para su provecho, ríen lo donoso, las sentencias y dichos de filósofos guardan en su memoria para trasponer en lugares convenientes a sus actos y propósitos.”

Podemos considerar lo que Fernando de Rojas llama “la historia toda junta”, “los huesos que no tienen virtud” y “lo que hace más al caso y utilidad suya” como lo que sería el nivel del **contenido**; y “los donaires y refranes comunes”, como la **forma**. Como quien dice, en los términos de la lingüística moderna, el significado y el significante. Son los primeros niveles lógicos que se nos presentan en un texto. Pero si seguimos la cita, nos encontramos con eso de las “particularidades”. ¿Qué es eso de aprovecharse de una historia desechando sus particularidades, es decir, su carne, pues la historia sería el hueso? Sus particularidades, es decir, allí donde se trata de un caso que se ha hecho particular; cosa que no acontece, sino es a través de la voz del narrador, de su cuerpo vivo, de su “carne”, pues es quien puntúa la historia, dándole

³ LACAN, Jacques. *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*. (1945) En: *Escritos I*. Buenos Aires, Paidós, 1989. Pág. 187 a 203.

TERCER ENCUENTRO REGIONAL SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA - 2006
una dirección, un sentido y dirigiéndose a alguien. Así, pues, surge lógicamente, un nuevo nivel en el texto, el de la **enunciación**; y forma y contenido, pasan a ser, respecto a éste, también lógicamente, el nivel del **enunciado**, el de lo dicho.

No estoy diciendo nada nuevo ni nada que los docentes y profesionales del área no tengan muy presente. Lo único que hago es tratar de hilarlos en una sucesión lógica, es decir, de remisión inevitable de un nivel a otro. Esas particularidades, o nivel de la enunciación, remiten sin lugar a dudas a un contexto, ya sea histórico, geográfico, epistemológico o cultural. No es lo mismo si la historia está contada en las *Mil y una noches*, en el *Decamerón* de Bocaccio, en *El Quijote* o en la película *El paciente inglés*. Tampoco será lo mismo si el texto es escrito por Newton o por Einstein; los contextos varían y le imprimen el sello de la época a quien habla. Sintetizo, entonces estos niveles en una pregunta que todo texto puede responder: **¿quién dice qué a quién en qué contextos?** Pero también puede enunciarse en una integración de lo propuesto por los autores citados:

NIVEL DE LA ENUNCIACIÓN O DEL DECIR: ¿quién dice?, ¿a quién lo dice?, ¿con qué intención? = **sentido del texto = sententiam**

NIVEL DEL ENUNCIADO O DEL DICHO: ¿qué se dice?

Nivel del contenido = **significado del texto = sensum**

Nivel de la forma = **letra del texto = litteram**

Remitiendo estos niveles del texto a los tiempos lógicos de la lectura, podríamos decir que el instante de la mirada corresponde a la *litteram*, a la forma del texto, es decir a su nivel literal; que el tiempo de comprender retroactivamente lo dicho o leído corresponde al *sensum*, es decir a leer en el nivel del contenido, del significado; y, por último, que el momento de concluir, en la lectura lógica de un texto, correspondería a la *sententiam*.

TERCER ENCUENTRO REGIONAL SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA - 2006

Instante de la mirada: *litteram*

Tiempo de comprender (retroactivamente lo dicho): *sensum*

Momento de concluir: *sententiam*

Me atrevo a decir que, si bien la *sententiam* de Hugo de San Víctor remite al sentido, este sentido, en tanto “comprensión profunda” dado por el acceso al nivel de la enunciación, es decir, por el establecimiento de quién dice y qué se propone con lo que dice a alguien, corresponde, más bien, al tiempo de comprender. La sentencia, como el vocablo mismo nos indica, debe corresponder es a aquel que se ha hecho cargo del caso, al juez que tiene en sus manos la suerte del preso, a aquel que va a proferir su veredicto. Y ése es, en nuestro caso, el lector, quien ya, para ese momento, se ha hecho leyente, pues está comprendiendo desde ese nivel enunciador. En ese sentido, coincido con el autor del *Didascalicon* en que a ella, a la *sententiam*, no se llega sin exégesis ni comentario, es decir, sin ese tiempo de comprender, pero no coincide con ella. Quizás sea cuestión de traducción, del malentendido a través del tiempo o que el sentido al que se refiere el monje francés es el que da el leyente que, en ese punto, ya se ha hecho escritor. En ese mismo orden de ideas, Fernando de Rojas, que le es más cercano en el contexto cultural y epistemológico, nos confirma cuando dice que “aquellos para cuyo verdadero placer es todo, desechan el cuento de la historia para contar, coligen la suma para **su** provecho, ríen lo donoso, las sentencias y dichos de filósofos guardan en **su memoria** para trasponer en lugares convenientes a **sus** actos y propósitos”. Se trata pues de la actualización del texto en quien puede decir algo de éste y puede sentenciar sobre lo que allí se ha dicho, con el propósito que se ha dicho, en las circunstancias en que se ha dicho y se ha editado. Hay, pues, en términos modernos, una subjetivación del texto en dos dimensiones: La primera, respecto al texto: “Yo puedo decir que el texto dice esto respecto a X, con la intención de..., pues determinadas circunstancias sociales, culturales o epistemológicas lo requerían.” La segunda, en términos de la actualización del texto: “De acuerdo con el texto, yo sentencio, yo concluyo esto para el tiempo en el que vivo...”

Si esta subjetivación del texto es una sentencia, una conclusión que puede ser, como la de la noche del cazador, un texto transmisible de generación en generación, es porque, entonces, la

TERCER ENCUENTRO REGIONAL SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA - 2006

sentencia dada en el momento de concluir es un tiempo lógico de la lectura, que bien puede corresponder al de la escritura.

En conclusión, pues, diría que la lectura lógica de un texto tiene tres momentos necesarios que se remiten uno al otro de esta manera: el instante de la mirada, que es la lectura de la forma, remite lógicamente al tiempo de comprender, que implica las relecturas necesarias para acceder a los niveles del significado y de la enunciación y comprender, retroactivamente, desde ellos, la literalidad del texto; a su vez, este tiempo de comprender, este tiempo de la relectura, se cierra con el momento de concluir, que es ya el tiempo de la escritura o de la oralidad, cuando el sujeto que ha leído y releído puede situar su yo respecto al del autor del texto leído, en la conservación de su propia enunciación, de su propio decir, a través de los hilos temáticos y de los enunciadores que tejen su propio texto oral o escrito.

Fenomenológicamente hablando, creo que todos podemos dar fe de cuánto le cuesta a un escribiente, cualquiera que sea, diferenciar de y situar su voz entre la de los autores que cita. Esto nos lleva a definir, también para la escritura, tres tiempos lógicos correspondientes a los de la lectura. Borges decía, ya en edad avanzada: “Cada página mía, por descuidada que parezca, presupone muchos borradores”. Por lo general, tres borradores, mínimo, son necesarios para un buen escrito académico. Tres momentos, que también implican un esperar. Un primer borrador, para declarar el contenido del texto y su sentencia o conclusión; uno, segundo, para situar su enunciación; y un tercero, para corregir los detalles formales de redacción y ortografía. Así habría cierta inversión en el movimiento. Me explico: si en la lectura se va de la forma al contenido y de éste a la enunciación; en la escritura, se va del contenido a la enunciación y de éste a la forma. Esa remisión del contenido a la enunciación, es de mayor cuidado, pues se trata de conservar el lugar de las dos enunciaciones, la del autor y la del lector, y de no perder los hilos temáticos de ambas; el uno, en términos del referente del texto leído, y el otro, en términos de conclusión sobre éste.

En algún lugar, recuerdo que Freud cita a Goethe: “No sólo ciencia, paciencia pide la obra”. Entre borrador y borrador ha de ir un tiempo; pero no estéril, sino productivo. No encuentro

TERCER ENCUENTRO REGIONAL SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA - 2006

mejor apoyo de este saber esperar, que un fragmento del bellissimo texto de Martín Heidegger – este año se conmemoran 30 años de su muerte- titulado *Serenidad*⁴. Allí, el filósofo alemán plantea que hay dos tipos de pensamiento, el calculador y el reflexivo, y que, a su modo, cada cual se justifica. Si pretendemos que la escritura sea un tiempo lógico de la lectura, es el modo del pensamiento reflexivo el que nos incumbe. De éste, dice Heidegger:

“El pensamiento reflexivo reclama a veces mayor esfuerzo. Exige un adiestramiento más prolongado. Precisa de un cuidado todavía más fino que el de toda otra auténtica obra de artesanía. Pero además debe saber esperar, lo mismo que el labrador, a que la siembra brote y llegue a madurez.”

En nuestro caso, habituar a los jóvenes escritores a que elaboren, por lo menos, tres borradores de sus textos no será fácil, con la velocidad que exige toda tarea en nuestros días. Todo tiene que ser “ya”, aunque, cabe anotar que, paradójicamente, mientras más corremos, vía metro, carro o computador, menos tiempo tenemos.

Sin embargo, nada se pierde con intentarlo. Así, pues, siguiendo a Heidegger, la espera que exige un texto no puede ser una espera estéril, sino fecunda, como la del labrador; pues cada día éste riega el sembrado, le echa abono, le quita la maleza, remueve la tierra. Bien, así podría ser la espera fructífera de un texto que se escribe. Si se ha atrapado el interés del estudiante, no será difícil lograr que él lea su texto día a día, que lo vaya pensando y puliendo una idea, una coma, una tilde, en fin, hasta que lo concluya. En casos más difíciles, será el profesor quien lea con el alumno lo que éste ha escrito. A veces bastará con que, por lo menos, lo lea en voz alta, el alumno, claro, para que empiece a familiarizarse con lo que ha escrito y caiga en la cuenta de sus incongruencias, repeticiones y faltas. Sólo éstas le permitirán la claridad, la coherencia, la precisión y el buen gusto en su texto. En otras, será el maestro quien lo lea y el alumno se sorprenderá, entonces, de lo que ha escrito. Se tratará, pues, también, de la relectura de lo que ha escrito, en voz alta, primero, y ojalá a menudo. Obviamente, habrá casos perdidos, pero

⁴ HEIDEGGER, Martín. *Serenidad*. En: “ECO” REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE. Tomo 1. Agosto de 1960. Pág. 340-342.



POLITÉCNICO COLOMBIANO
JAIME ISAZA CADAVID

TERCER ENCUENTRO REGIONAL SOBRE LA LECTURA Y LA ESCRITURA - 2006
esperamos que sean los menos. A veces será cuestión de meses, de años, de días o de horas; la cronología queda subordinada a la lógica y al trabajo cotidiano que la mueve. Los tiempos arduos, pero valiosos y hasta gozosos de las relecturas, se verán compensados con creces en la seguridad de lo que se ha sentenciado y en la fluidez con la que se lo puede, entonces, transmitir a los demás.